

para el sacrificio, ¿qué pasará al vulgo de los mortales? El interes que heris, el privilegio que soterrais, la ambicion que no podeis satisfacer, tantas pasiones que se levantan como serpientes con sus fauces abiertas para combatir, concluyen por imponeros las leyes y las necesidades supremas del combate. Acordaos de Mirabeau. No hay hombre que haya combatido como ese hombre. Así, la naturaleza lo ha forjado en el molde donde forja los titanes; lo ha hecho grande y monstruoso como á esos seres que han vivido en otras edades planetarias; ha puesto sobre aquel rostro deforme, granizado por la viruela, una frente celeste, y entre tantas pasiones como han consumido su vida, el amor á la libertad, en el cual parece que se abraza su sangre y se derrite todo su sér, como se abrasaba la sangre y se derretia el sér de los místicos en los celestes ardores del amor divino. Yo no conozco otro que hubiera podido acercarse á la vieja encina de la monarquía y desarraigarla; dirigirse á la aristocracia armada de sus aceradísimas espadas, ceñida de sus prestigiosos blasones, circundada de sus recuerdos, y herirla; llevar, como la nube lleva la electricidad y la lluvia, en su palabra la idea para empapar con ella el terruño feudal y bautizar en el derecho al siervo, más pegado á la tierra aún que el nido de la alondra; encontrar en medio del relámpago que á todos

deslumbra y ciega la fórmula divina que todo lo salva; destruir un mundo y fundar otro con prodigios de elocuencia; precipitar lo antiguo en su caída, y cuando quiere detenerlo como una caríátide hercúlea en sus hombros, sin doblarse, para que no caiga en los abismos hasta que su destructor, complacido en reconstruirlo por un día para probar su fuerza, no haya caído en el sepulcro y dejado la vieja monarquía privada de lo único que ya prolonga su existencia, de la sombra gigantesca de aquel genio.

Á pesar de todos sus vicios y de todas sus caídas, Mirabeau era, en realidad, un milagro de la naturaleza. Lleno de tempestades el aire y agrietado por los terremotos el suelo; entre cien batallas encendidas por las pasiones más exaltadas; circuido de innumerables enemigos que le asedian; acompañado de la envidia y de la calumnia que le muerden; con mil proyectos en la cabeza, vasta como un universo de ideas, y con mil pasiones en el corazon, de grandes sentimientos henchido; trabajador y combatiente infatigable; filósofo en acción que piensa de improviso y dice en fórmulas eternas lo pensado; hombre de mundo que va de las asambleas á los salones y de los salones á los clubs; hombre de sentimientos que necesita así la amistad como el amor; hombre de Estado que preve y calcula y tiene tiempo para todo y se en-

cuentra en todas partes; su grande alma se asemeja á esos cometas, los cuales llenan con sus fajas y colas de luz incierta los cerúleos espacios. Aquel cerebro es un motor siempre alimentado por el fuego de grandes pensamientos; aquel corazon es una máquina que impele y expelle la sangre con una fuerza generadora de acciones incesantes y continuas; aquellos nervios, como esas arpas sensibles que suenan á los tañidos del aire; aquella vida, como un torrente que se despeña y que, aparentando buscar en su tortuoso y devastador curso, ya la satisfaccion de las ambiciones, ó ya la satisfaccion del renombre y de la gloria, busca realmente el eterno y solemne reposo de la muerte, único remanso concedido á su vertiginosa carrera.

Mirabeau es jefe de un partido político, y por tanto, general de ejército que exige suma atencion y revistas continuas; es guía de un grupo parlamentario, y por tanto, cabeza de diputados que piden una direccion sostenida, la cual impela sin fuerza y mande sin imperio; es justador eterno en las justas oratorias, y por tanto, siervo de un estudio prolijo, de una meditacion reflexiva, con cuya virtud recorra toda la escala de las ideas, encerrándolas en formas artísticas que hagan pensar á los hombres superiores y sentir á los pobres pueblos; es presidente de comisiones y redactor de

dictámenes, que le imponen el profundizar desde la relacion de los poderes públicos entre sí en la obra de un código fundamental, hasta la relacion del suelo con el subsuelo en los proyectos de minas; es comandante de la Milicia Nacional, y llamado por ese cargo á guardias, á paradas, á procesiones, á fiestas, á combates; es publicista que debe ojear cien obras, dictar mil artículos, sostener polémicas; es amante de la sociedad y de la naturaleza, lo cual así le arrastra á las cenas de las bailarinas y á los bastidores de la Ópera como al retiro de Argenteuil, donde conversa con los campesinos como un labrador y recoge el rumor de las selvas y el cántico de las aves como un poeta; inmensa naturaleza tan una en sí misma y tan vária en sus manifestaciones, que cansa con sus aspectos múltiples á todos los comentaristas y que aplasta bajo su inmensa pesadumbre los sólidos altares de la historia.

Oriundo de Italia, la patria del genio; nieto de aquella Florencia tan diestra en el arte como en la política, y que ha sabido reunir la inspiracion y la falsía; hijo de Provenza, donde la luz aviva el estro y caldea los corazones; miembro de feudal familia, en la que andan juntos los vicios más monstruosos con las más puras virtudes; raptor en edad bien juvenil de una mujer amada, cuyo recuerdo ha pasado á fervoroso culto en su pecho;

huésped de aquellas fortalezas y calabozos guardados por las ceñudas torres, símbolos de la siniestra edad antigua; perteneciente al patriciado por su cuna y por sus gustos, al pueblo por sus doctrinas y por sus ideas; con los ímpetus del orador y las reservas del estadista; con la sensibilidad femenil de los poetas y el valor sublime de los héroes; con faltas y virtudes como ningún otro hombre; filósofo y orador, había tal ductibilidad en su complexión y tales facultades en su inteligencia, que para juzgarlo, sobre todo, en frente de las estatuas correctas y frías que en mármol de Páros nos ha dejado la antigüedad, quizás necesitemos las perspectivas inacabables del tiempo, las cuales dan con sus léjos y sus penumbras á las figuras más reales y más verdaderas de la historia, sin quitarles nada de su verdad, la alta entonación del poema y los varios arreboles de la leyenda y la apoteosis de la poesía y del arte.

Gambetta, de mejor vida pública y mucho mejor vida privada que Mirabeau, cierra con su palabra los tiempos abiertos por la palabra de éste, y corona con su espíritu el ciclo inmortal de la revolución francesa por aquel otro grandioso espíritu, en medio de tempestades, abierto é iniciado. Quizás le han faltado á Gambetta, cuya historia sólo tiene catorce años, dos lustros más de vida para asombrarnos por sus calidades varias

de estadista, como nos asombró por sus calidades varias de tribuno. ¡Oh muerte! que extiendes tus límites sombríos en torno del sér, á manera del negror de la noche en que van como engarzados los astros; muerte, que todo lo descompones y lo pudres, para rehacerlo y renovarlo todo, porque sin tí parecería la vida como un lago inmóvil; muerte, que envuelta en tu manto de sombras y ceñida de tu corona de adormideras, te alzas en los confines de la eternidad; muerte, implacable en tu rigidez, detente algunos minutos al pasar por el lado de ese cerebro, tan vasto en su invisible magnitud como la bóveda celeste, y perdónalo, puesto que elabora continuamente algo inaccesible á tu exterminadora pujanza, el pensamiento y el espíritu, cuya es la eternidad destinada á tender sus alas inmensas sobre la ruina y la demolición del Universo.

Pero la muerte ni ve ni escucha á nadie, como sorda á nuestros clamores y ciega á nuestras ideas; importándole poco la obra que destruye bajo sus plantas de esqueleto y la inspiración que extingue con su soplo de hielo, pues aniquila tristemente así al orador como al jornalero, así al rey como al esclavo, así al pontífice como al monaguillo, así al astro como al mosquito, cual á su vez las especies, implacables en su crueldad, se ven obligadas á matar para vivir, exterminando innumerables seres en

la necesaria asimilacion, por cuya virtud se apropian las sustancias y perpetúan el sér de la naturaleza. ¡Oh! Apresuraos á oír los grandes oradores, porque así como al acabarse el mal se acaba tambien el heroismo, al acabarse el privilegio se acaba tambien la elocuencia, ese divino verbo del derecho.

CAPÍTULO IV.

Los pretendientes al trono frances y otras cuestiones europeas.

Cuando Metz acababa de caer en manos de Alemania, llegado á Madrid tras una grande ausencia en Tours, dije yo en la Cámara Constituyente que no corria peligro alguno la República francesa, en la conciencia y en la voluntad nacional asentada, siquier pasase por una crisis grave, á causa de haberla condenado el destino á recoger la tristísima herencia de los errores del Imperio. Pues digo ahora que la República no corre peligro en Francia hoy, á pesar de pasar por otra crisis grave que ha traído el jacobinismo, presente aún, como una mala madre, allá en el fondo de las ideas republicanas por fuerza incontrastable de la tradicion y de la costumbre. Sólo á un partido embargado por el recuerdo de la Convencion se le hubiera ocurrido temer á pretendiente de la índole del príncipe Napoleon, y asustarse por cosa tan ridícula y baladí como la última proclama bonapartista.